

Catequesis de adultos y *Catechesi Tradendae*, diez años después

JESÚS LÓPEZ SÁEZ

El problema de la catequesis de adultos fue abordado directamente por Juan Pablo II en la *Catechesi tradendae* (CT), dentro de la serie de destinatarios de la catequesis. La CT destacaba fundamentalmente dos aspectos: la prioridad de la catequesis de adultos y la necesaria reiniciación de los bautizados insuficientemente evangelizados. Consideramos aquí estos aspectos junto a otros desarrollos posconciliares que afectan, de uno u otro modo, a la catequesis de adultos, forma principal de catequesis. Asimismo, se considera cómo incide cada uno de ellos en la situación española ¹.

1. ESTADO DE ABANDONO

Hace unos cuarenta años, el I Congreso Catequístico Internacional, celebrado en Roma (1950), deploraba gravemente el «estado de abandono» en que generalmente se encontraba la catequesis de adultos y pedía vehementemente su «eficaz restauración» acomodada a los nuevos tiempos ².

Tal estado de cosas no es sólo de ahora, de nuestro tiempo, de nuestro siglo, ni sólo de aquí. Más bien, parece ser un problema secular, atávico y genera-

¹ Ver López Sáez, J., *Catequesis de adultos y Catechesi tradendae*, en *Actualidad Catequética* 96 (1980), 159-173; también *Desarrollos posconciliares y catequesis de adultos*, en *Diccionario de Catequética*, Ed. CCS, Madrid, 1987, 25-27.

² *Acta congressus catechistici internationalis*, MCML, Typis poliglotis vaticanis, 1953, V.

lizado. Así, cuando se divide la Iglesia de Occidente, la situación general arrojaba una fuerte dosis de ignorancia religiosa. Lo dice Carranza (hacia 1558):

«Sabemos que hay millares de hombres en la Iglesia que, preguntados de su religión, ni saben la razón del nombre ni la profesión que hicieron en el bautismo, sino, como nacieron en casa de sus padres, así se hallaron nacidos en la Iglesia... Agora hallamos en esta ignorancia no solamente a los mancebos de quince o veinte años, pero a los hombres de cuarenta y cincuenta»³.

Siglos atrás, a finales del IV, san Agustín ya se lamentaba de la situación en que vivía el conjunto de los cristianos: «Borrachos, usureros, defraudadores, jugadores, adúlteros, disolutos, gentes locas por el teatro, portadores de amuletos, magos, astrólogos y todo linaje inimaginable de adivinos, hombres que se llaman cristianos y gustan de todo eso, lo frecuentan, lo aprueban y se dejan seducir por ello. Tal es la masa de gentes que, por lo menos corporalmente, llenan las iglesias»⁴.

Las cosas habían ido cambiando poco a poco. Entre los siglos IV y VIII se produce una serie de cambios importantes: la conversión de los emperadores y la nueva situación en que se encuentra la Iglesia (pasa de la persecución a la protección oficial y las masas ya entran en la Iglesia sin catequizar); la tolerancia del culto cristiano (edicto de Milán, 313) y la proclamación del cristianismo como religión oficial del Estado (edicto de Tesalónica, 380); la caída del imperio romano de Occidente ante el empuje de las invasiones bárbaras (476); la desaparición progresiva del catecumenado (siglo VI); la evangelización masiva de los nuevos pueblos: francos (496), visigodos (589), anglosajones (hacia 590), eslavos (hacia 863); finalmente, el nacimiento de los Estados Pontificios (753-754) y la coronación papal de Carlomagno (800)⁵.

Hacia el siglo VI, el catecumenado queda reducido a la cuaresma y, además, queda situado en la primera parte de la misa. Con ello la Iglesia ya no tiene otro espacio de acogida que la misa misma y los catecúmenos deberán adaptarse al sistema de una comunidad establecida y no siempre acogedora. Pos-

³ Carranza, B., *Catechismo christiano*, 1558 (I), BAC, Madrid, 1972, 119.

⁴ Laboa, J.M., *La larga marcha de la Iglesia*, Ed. Atenas, Madrid, 1985, 14.

⁵ Ver López Sáez, J., *La renovación eclesial: génesis, dificultades, desarrollos*, en *El concilio del siglo XXI*, PPC, Madrid, 112-113.

teriormente, hasta se perderá la conciencia de que la cuaresma tuvo algo que ver con el catecumenado ⁶.

Frente a esta situación secularmente establecida, el Concilio Vaticano II (1962-1965) pide vigilancia atenta por parte de los Obispos para que se dé con todo cuidado la «instrucción catequética» incluso a los adultos ⁷.

En la misma línea, el *Directorio General de Pastoral Catequética (DGC)*, publicado por la Sagrada Congregación del Clero (1971), recuerda a los pastores «el deber que les incumbe de asegurar y promover la iluminación de la existencia cristiana mediante la Palabra de Dios en todas las edades de la vida y en todas las circunstancias históricas» ⁸.

El planteamiento inicial del Sínodo de la catequesis (1977) estaba centrado especialmente en la catequesis de niños, planteamiento que Pablo VI amplió al mundo de los jóvenes ⁹. Sin embargo, la asamblea sinodal se detuvo especialmente en el mundo de los adultos. La catequesis de adultos fue «una de las preocupaciones más constantes de los Padres del Sínodo, impuesta con vigor y con urgencia por las experiencias que se están dando en el mundo entero» ¹⁰. De modo ejemplar, el desarrollo del Sínodo superó la fijación preconiliar de la catequesis en el ámbito de la infancia.

Cuando —25 años después del Concilio— se oye decir tan a menudo: «Aquí la catequesis de adultos es imposible», no puede uno menos de pensar en la «conversión de los emperadores», en la «invasión de los bárbaros» y en el secular «estado de abandono» de la catequesis de adultos.

2. HACER DISCIPULOS

Recogiendo los frutos del Sínodo, Juan Pablo II ofrece un concepto renovado de catequesis, que vuelve a las fuentes y que, lógicamente, repercute en la catequesis de adultos. En efecto, la catequesis es situada dentro del pro-

⁶ Ver López, J., *Catecumenado. Datos de la historia y etapas del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, en *Proyecto Catecumenal (II)*, Edice, Madrid, 1983, doc. 8.

⁷ CD 14.

⁸ DCG 20.

⁹ Ver CT 2 y 35.

¹⁰ CT 43.

ceso de evangelización como el «conjunto de esfuerzos realizados por la Iglesia para hacer discípulos» ¹¹.

En su sentido pleno, «la catequesis no consiste únicamente en enseñar la doctrina, sino en iniciar a toda la vida cristiana» ¹². La catequesis debe ser «orgánica y bien ordenada», «sistemática, no improvisada», «elemental», «bastante completa», «iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana» ¹³. Esto no excluye que «razones de método o de pedagogía aconsejen organizar la comunicación de las riquezas del contenido de la catequesis de un modo más bien que de otro» ¹⁴.

La peculiaridad de la catequesis, distinta del anuncio primero del evangelio, pretende «hacer madurar la fe inicial» y «educar al verdadero discípulo» ¹⁵.

Así pues, la tarea del catequista es hacer discípulos, básicamente evangelizados. Quizá podría parecer que la misión evangelizadora universal, que la Iglesia naciente recibe del Señor Resucitado, sólo de una forma global o difusa tendría que ver con la tarea del catequista.

Los discípulos son enviados a hacer discípulos, es decir, a evangelizar. No se trata sólo de una evangelización primera y, mucho menos, de una simple indoctrinación sino, al menos, de una evangelización básica, fundamental: han de hacer discípulos «bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»; y además, «enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» ¹⁶. He aquí, de forma concisa y lapidaria, una síntesis de la iniciación cristiana primitiva y, por tanto, de la catequesis correspondiente, originariamente posbautismal ¹⁷.

De este modo, el proceso de evangelización, que comienza con el anuncio primero del evangelio se cumple de forma básica y fundamental en la cateque-

¹¹ CT 1; ver López Sáez, J., *Vocación y misión del catequista, hoy*, en *Congreso de catequistas. Ponencias* (Madrid, 7-13 abril 1986), Edice, Madrid, 101-113.

¹² CT 23.

¹³ CT 21.

¹⁴ CT 31. Por lo demás, «la variedad en los métodos es un signo de vida y de riqueza» (CT 51).

¹⁵ CT 19.

¹⁶ Mt 28,20.

¹⁷ Ver López Sáez, J., *Vocación y misión del catequista, hoy*, en *Congreso de catequistas*, ya citado, 108-109.

sis, que en el fondo implica una entrega del evangelio y de todo el evangelio a los hombres («Evangelii nuntiandi» y «Evangelii tradendi»).

Por lo que a España se refiere, la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis publicó en 1983 *La catequesis de la comunidad (CC)*. Sus orientaciones pastorales hablan de la necesidad de renovar la catequesis, concibiéndola en su sentido pleno, no sólo como enseñanza elemental de la fe sino también como iniciación cristiana integral¹⁸. Esto se aplica, en primer lugar, a la catequesis de adultos, que ha de ser la catequesis ejemplar.

3. CUESTION DE PRIORIDAD

En pleno posconcilio, el *Directorio General de Pastoral Catequética* recuerda a los pastores la prioridad de la catequesis de adultos: «al ir dirigida a hombres capaces de una adhesión plenamente responsable, debe ser considerada como la forma principal de catequesis, a las que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan»¹⁹.

La *CT* confirma la prioridad de la catequesis de adultos: «problema central», «forma principal de la catequesis». He aquí algunos motivos:

- «está dirigida a las personas que tienen las mayores responsabilidades »;
- «y (tienen) la capacidad de vivir el mensaje cristiano bajo su forma plenamente desarrollada»;
- «la comunidad cristiana no podría hacer una catequesis permanente, sin la participación directa y experimentada de los adultos»;
- «para que sea eficaz la catequesis ha de ser permanente y sería ciertamente vana si se detuviera en el umbral de la edad madura, puesto que, si bien de otra forma, se revela no menos necesaria para los adultos»²⁰.

Promoviendo la prioridad de la catequesis de adultos, volvemos a las fuentes: nos acercamos a aquellos tiempos en los que los destinatarios de la catequesis son, en principio, adultos, que a su vez catequizan a los niños en las familias cristianas.

¹⁸ Ver *CC* 79.

¹⁹ *DCG* 20.

²⁰ *CT* 43.

En España, las orientaciones pastorales sobre catequesis han sido concebidas desde el modelo de la catequesis de adultos, «el proceso paradigmático en el que los demás deben inspirarse»²¹. En nuestra situación se hace «más necesario que nunca el que los niños y jóvenes, para poder afirmarse en su fe, puedan referirse a los adultos, a comunidades cristianas vivas que den testimonio de la misma»²².

Durante el posconcilio, se ha acentuado en España la toma de conciencia de la prioridad de la catequesis de adultos, aunque en muchos casos de forma meramente teórica: de hecho, a gran escala, sigue ahí sin superar la fijación infantil de la catequesis.

En sus diversas formas, constatamos ofertas plurales de catequesis de adultos: catequesis de padres con ocasión de los sacramentos recibidos por sus hijos (bautismo, primera comunión, confirmación), catequesis de novios previa al matrimonio, grupos de profundización en la fe, planes de formación de los diversos movimientos apostólicos, catequesis de tercera edad, catequesis ocasionales, diversos proyectos de inspiración catecumenal, vinculados a los Secretariados de Catequesis y a otras instituciones, movimientos o comunidades²³.

Las diversas formas de catequesis de adultos constituyen una reacción frente al estado de abandono propio de la situación eclesial de cristianidad. En unos casos, la reacción es débil, corta, insuficiente; en otros, sin embargo, supone un esfuerzo de transición hacia una nueva situación de la Iglesia en el mundo, como comunidad en medio de la sociedad.

4. INSPIRACIÓN CATECUMENAL

La progresiva toma de conciencia de que es preciso evangelizar a los bautizados es nota característica del tiempo posconciliar. Es éste un problema que repercute de lleno en la catequesis de adultos y que es afrontado con

²¹ CC 237.

²² Ibidem.

²³ Ver López, J., *Panorámica global de la catequesis de adultos en España, hoy*, en *Teología y Catequesis* 2 (1982), 169-176. Ponencia presentada en el Equipo Europeo de Catequesis (Munich, 1-6-1982). Ver también *Cien años de catequesis*, en *Vida nueva* 1545 (1986), 29.

tratamiento catecumenal en el contexto actual de progresiva secularización de la sociedad.

El problema, planteado ya en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín, 1968), fue recogido en el *Directorio General de Pastoral Catequética*: «Muchísimas veces la situación real en que se encuentra un gran número de fieles pide necesariamente una cierta forma de evangelización de los bautizados, que precede a la catequesis»²⁴. Esta forma de evangelización se concreta en las «organizaciones catecumenales» para quienes —estando bautizados— carecen, sin embargo, de la debida iniciación cristiana²⁵.

El problema fue asumido con carácter de urgencia por Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*: «Las condiciones actuales hacen cada día más urgente la enseñanza catequética bajo la modalidad de un catecumenado para un gran número de jóvenes y adultos»²⁶.

Bajo el título de «cuasi-catecúmenos», Juan Pablo II recoge el problema de la reiniciación de los bautizados, insuficientemente evangelizados. Entre ellos se encuentran «los que, aun habiendo nacido en países cristianos, incluso dentro de un cuadro sociológicamente cristiano, nunca fueron educados en su fe y, en cuanto adultos, son verdaderamente catecúmenos»²⁷.

Haciendo balance del tiempo posconciliar, el Sínodo extraordinario (1985) posconciliar, dice aún más: «La evangelización de los no creyentes presupone la autoevangelización de los bautizados y también de los mismos diáconos, presbíteros y obispos»²⁸.

Al propio tiempo, la restauración moderna del catecumenado, pedida por el Concilio²⁹ y confirmada por la publicación del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* (1972), ha ido favoreciendo la inspiración catecumenal de toda catequesis, que encuentra su modelo en el catecumenado bautismal³⁰;

²⁴ DGC 19.

²⁵ Ibidem.

²⁶ EN 44; ver EN 52.

²⁷ CT 44.

²⁸ Sínodo 1985, relación final.

²⁹ SC 64.

³⁰ Sínodo 1977, *Mensaje al Pueblo de Dios (MPD)*, 8.

lógicamente, ha favorecido también la inspiración catecumenal de la catequesis de adultos.

En España, se reconoce que la mayoría de nuestros cristianos está necesitando el anuncio misionero del evangelio, antes que una catequesis propiamente dicha ³¹. Algo semejante se dijo en el Congreso de Evangelización (1985): «Por diversos motivos, nuestro país, de vieja tradición cristiana, está necesitando una nueva evangelización» ³².

La catequesis, como iniciación cristiana integral, ha de estar dotada de inspiración catecumenal, es decir, ha de tener las siguientes dimensiones: iniciación en el conocimiento del misterio de Cristo ³³, en la vida evangélica ³⁴, en la oración y en la liturgia ³⁵, en el compromiso misionero ³⁶.

En la tradición catecumenal, recogida en el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, la fase propiamente catecumenal concluye con la celebración de la elección y entonces comienza la fase final de purificación e iluminación. Los catecúmenos llegan así a ser elegidos e iluminados. Pues bien, entre nosotros hoy, considerarse elegido suena a presunción y lo de iluminado se suele utilizar en sentido peroyativo (incluso con secuela inquisitorial): ambas cosas manifiestan, una vez más, el déficit de evangelización que arrastramos. En efecto, se necesita una nueva evangelización.

5. EL CATECUMENADO BAPTISMAL

Hace diez años, llamaba la atención que un documento catequético para la Iglesia universal, como la *CT*, no abordara directamente el problema del catecumenado en sentido estricto o bautismal, sino que se limitara a algunas alusiones al mismo hechas a propósito de otra cosa. Por ejemplo, a propósito de la relación estrecha entre catequesis y sacramentos dice lo siguiente: «En la Iglesia primitiva, catecumenado e iniciación de los sacramentos del bautismo y de la eucaristía se identificaban. Aunque en este campo haya cam-

³¹ Ver CC 48.

³² Congreso de Evangelización, *Evangelización y hombre de hoy*, Edice, Madrid, 1986, conclusiones 9 y 16. Ver López, J., *España, país de misión*, PPC, Madrid, 1979.

³³ CC 85

³⁴ CC 87.

³⁵ CC 89.

³⁶ CC 91.

biado la práctica de la Iglesia en los antiguos países cristianos, el catecumenado jamás ha sido abolido; conoce allí una renovación y se practica abundantemente en las jóvenes Iglesias misioneras»³⁷. Y a propósito de un elemento importante de la catequesis como es la entrega del Credo, dice que «este rito expresivo ha vuelto a ser introducido en nuestros días en la iniciación de los catecúmenos»³⁸.

Ciertamente, en países de vieja cristiandad, como España, donde el número de bautizados supera el 95 por 100 de la población, el catecumenado bautismal es algo excepcional, pero no todos los países de la vieja cristiandad son como España, ni todo el mundo es vieja cristiandad. Se echaba, pues, de menos en la CT una referencia directa que apoyara y promoviera la orientación conciliar: «Restáurese el catecumenado de adultos, dividido en distintas etapas, cuya práctica dependerá del juicio del ordinario del lugar»³⁹.

Frente a una pastoral de mera conservación, la evangelización de los no bautizados manifiesta la vitalidad de la Iglesia y la hace crecer allí donde no había Iglesia: «Y en el lugar mismo en que se les dijo: No sois mi pueblo, serán llamados: Hijos de Dios vivo»⁴⁰. De forma mucho más clara que la evangelización de los bautizados, la de los no bautizados manifiesta la fecundidad de la Iglesia y su función en medio del mundo como «luz de las gentes».

Donde aún no se ha hecho, por ejemplo en España, es preciso urgir la restauración del catecumenado mandada por el Concilio, así como el cumplimiento de lo previsto al respecto en el nuevo *Código de Derecho Canónico*⁴¹.

6. INSPIRACION COMUNITARIA

En medio de resistencias de todo tipo, personales y estructurales, por parte de aquellos para quienes «todavía no llegó la hora»⁴², se ha ido haciendo sentir durante el tiempo posconciliar el palpitar de una nueva época eclesial, marcada por la señal catecumenal y comunitaria.

³⁷ CT 23.

³⁸ CT 28.

³⁹ SC 64.

⁴⁰ Rm 9,26.

⁴¹ Ver cc. 206, 788, 851 y 865.

⁴² Ag 1,2.

En efecto, desde que fue convocado el Concilio Vaticano II, la experiencia comunitaria de los orígenes aparece como guía inspiradora de la renovación eclesial. Desde entonces, la Iglesia que se renueva está a la búsqueda de la comunidad perdida de los *Hechos de los Apóstoles*. El mismo Concilio fue convocado para esto: «para devolver al rostro de la Iglesia de Cristo todo su esplendor, revelando los rasgos más puros y más simples de su origen»⁴³.

Siendo la Iglesia misterio de comunión vivido en comunidad, consecuentemente se ha desarrollado a partir del Concilio la dimensión comunitaria de la catequesis. En la comunidad, la catequesis (especialmente, la catequesis de adultos) encuentra su origen, su lugar y su meta. En la medida en que, por aproximaciones sucesivas, volvemos a la comunidad de los *Hechos de los Apóstoles*⁴⁴, encontramos ahí el lugar originario de la catequesis más antigua, que era principalmente catequesis de adultos.

El Concilio crea la atmósfera que hace posible la aparición, desarrollo y reconocimiento de las pequeñas comunidades. Más aún, «la aparición de las pequeñas comunidades es la manifestación más importante de la recepción y realización del Concilio en la Iglesia»⁴⁵.

Durante el posconcilio, las diversas formas de catequesis de adultos, que realmente tienen inspiración catecumenal, valoran la importancia del hecho comunitario para vivir la fe. Tienen, por tanto, también una inspiración comunitaria que encuentran en el modelo de las primeras comunidades. Además, conocen las dificultades de los catecúmenos (o cuasi-catecúmenos) para integrarse allí donde no esté reconstruido (o no se esté reconstruyendo) el tejido comunitario de la Iglesia.

En diálogo con el hombre de hoy, la catequesis llega a los adultos «en formas más adecuadas al pueblo sencillo»⁴⁶; en concreto, las pequeñas comunidades, lejos de formar una estructura elitista, son «expresión del amor preferente de la Iglesia por el pueblo sencillo; en ellas se expresa, valora y purifica su religiosidad y se le da la posibilidad concreta de participación en la tarea eclesial y en el compromiso de transformar el mundo»⁴⁷.

⁴³ Juan XXIII, *Un Señor, una fe, un bautismo*. Homilía del Papa después de la misa eslavobizantina (13 de noviembre de 1960), en *Ecclesia* 1011, 5.

⁴⁴ *Hch* 2,42-47.

⁴⁵ Losada, J., *Eclesiología de las pequeñas comunidades: tres momentos de la radicalización del carisma*, en *Sal Terrae* 12 (1982), 879.

⁴⁶ *Puebla*, 269.

⁴⁷ *Puebla*, 643.

De modo general, la *CT* destacó la importancia de la comunidad con relación a la catequesis: «La catequesis corre el riesgo de esterilizarse, si una comunidad de fe y de vida cristiana no acoge al catecúmeno en cierta fase de su catequesis. Por eso la comunidad eclesial, a todos los niveles, es doblemente responsable respecto a la catequesis: tiene la responsabilidad de atender a la formación de sus miembros, pero también la responsabilidad de acogerlos en un ambiente donde puedan vivir, con la mayor plenitud posible, lo que han aprendido»⁴⁸.

La pequeña comunidad o comunidad eclesial de base aparece en la *CT* como uno de los «múltiples lugares, momentos o reuniones por valorizar», «momentos de gran importancia en que la catequesis encuentra cabalmente su puesto»⁴⁹.

En la *CT* la pequeña comunidad es un lugar de gran importancia catequética, pero no «el lugar principal», como se votó en el Sínodo de la catequesis⁵⁰. El «lugar privilegiado» corresponde a la parroquia. Además, la parroquia debe velar «por la integración de distintos grupos en el cuerpo eclesial»⁵¹.

Sin duda, el Sínodo de la catequesis había sido más crítico y más renovador ante la situación actual de la parroquia, «peculiar lugar de catequesis», «necesitado de profunda renovación»: «De hecho, no pocas parroquias, por diversas razones, están lejos de constituir una verdadera comunidad cristiana. Sin embargo, la vida "ideal" para renovar esta dimensión comunitaria de la parroquia podría ser convertirla en una comunidad de comunidades»⁵².

En la misma línea ha ido el reciente Sínodo sobre los laicos (1987). Los padres sinodales han considerado atentamente la situación actual de muchas parroquias, solicitando de nuevo «una decidida renovación de las mismas». Esta perspectiva, más crítica y renovadora, la recoge Juan Pablo II en su exhortación *Christifideles Laici* (1988).

Para que las parroquias sean verdaderamente comunidades cristianas, las autoridades locales deben favorecer «la adaptación de las estructuras pa-

⁴⁸ *CT* 24.

⁴⁹ *CT* 47.

⁵⁰ *Proposición* 29.

⁵¹ *CT* 67.

⁵² *Proposición* 29.

roquiales», sobre todo promoviendo la participación de los laicos en las responsabilidades pastorales; y deben favorecer «las pequeñas comunidades eclesiales de base, también llamadas comunidades vivas, donde los fieles pueden comunicarse mutuamente la Palabra de Dios y manifestarse en el recíproco servicio y en el amor; estas comunidades son verdaderas expresiones de la comunión eclesial y centros de evangelización, en comunión con sus pastores»⁵³.

Asimismo, Juan Pablo II señala la relación existente entre la cristianización de la sociedad y la reconstrucción del tejido comunitario de la Iglesia: «Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales que viven en estos países o naciones»⁵⁴.

En España, se ha valorado la importancia que para la catequesis tiene «la comunidad eclesial inmediata», donde el creyente nace y se educa en la fe: es en la Iglesia y, más precisamente, en las distintas comunidades en las que se concreta, donde encuentra la catequesis su origen, su lugar propio y su meta⁵⁵. La creación de comunidades vivas es especialmente necesaria en ambientes alejados de la Iglesia: «sólo mediante la creación de comunidades cristianas vivas que broten de esos mismos ambientes es posible una acción misionera eficaz en ellos»⁵⁶.

En la práctica, junto a una esperanzadora floración de comunidades, en otros casos lo que se ha practicado es sólo un juego floral de preposiciones (no proposiciones): «a, ante,... con, contra, de, desde, en,... hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre, tras» la comunidad. Total, numerosas reticencias ante el hecho comunitario. A pesar de todos los esfuerzos y logros, hemos de reconocer que, a gran escala, el objetivo fundamental del Concilio, la renovación de la Iglesia, no ha sido aún asimilado y aplicado suficientemente entre nosotros. Una renovación profunda de la catequesis y de los catequistas implica, al propio tiempo, una renovación profunda de la Iglesia, su conversión en comunidad viva evangelizada y evangelizadora⁵⁷.

⁵³ CL 26.

⁵⁴ CL 34.

⁵⁵ Ver CC 253.

⁵⁶ CC 53.

⁵⁷ Ver Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *El catequista y su formación (CF)*, Edice, Madrid, 1985, 14; EN 15.

7. LA FUENTE DE LA PALABRA

La Iglesia se renueva en la medida en que es comunidad que escucha la Palabra de Dios y la proclama con valentía ⁵⁸. Sin embargo, hablando en general, esta fuente de vida y de renovación «quizá se descuidó demasiado» ⁵⁹.

La Palabra de Dios es la fuente de toda acción eclesial y, por tanto, también de toda catequesis. Ello supone redescubrir la catequesis como iniciación en la Palabra, no sólo en la Palabra dicha ya (recogida en la Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia), sino en la Palabra dicha hoy (en el fondo de los acontecimientos personales, sociales y eclesiales). Esto supone una nueva interpretación de «los acontecimientos a la luz de la Palabra de Dios» ⁶⁰ y, por tanto, una catequesis realmente adulta.

De este modo, la catequesis vuelve a las fuentes; de este modo, el catequista recupera su definición más antigua y se descubre a sí mismo como «el que instruye en la Palabra» ⁶¹.

En general, la dimensión actual de la Palabra es la que más fácilmente se escapa. Sin embargo, el hecho de que Dios sigue hablando de muchas maneras ha sido proclamado por el Concilio para nuestro tiempo: «Dios, que habló en otro tiempo, sigue hablando con la esposa de su amado Hijo; y el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo, va conduciendo a los creyentes a toda la verdad, y hace que la Palabra de Dios resuene en ellos abundantemente» ⁶². De una forma especial, Dios habla en la Escritura: «En los Libros sagrados, el Padre que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos» ⁶³.

Como el Evangelio con el que se identifica, la experiencia de la Palabra necesita normalmente ser anunciada para que sea vivida. Una y otra vez, se confirma la necesidad del anuncio, como procedimiento evangélico: «¿Cómo oirán sin que se les anuncie?». Y también: «la fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo» ⁶⁴.

⁵⁸ DV 1.

⁵⁹ Sínodo 85, relación final.

⁶⁰ *Medellín* VIII, 5 y 6; ver *MPD* 9.

⁶¹ *Ga* 6,6; ver *CF* 31.

⁶² DV 8.

⁶³ DV 21.

⁶⁴ *Rm* 10,14.17.

Esto es importante: si Dios habla (de la forma que sea), el creyente ha de escuchar; ello supone un respeto a la iniciativa de Dios (quien habla es Dios, no el hombre), un discernimiento imprescindible (personal, pastoral, comunitario) y, finalmente, la acogida de algo que, por encima de todo, es don de Dios (no producto del hombre). Y esto, más allá de todo racionalismo (que considerara imposible que Dios hable hoy), más allá de todo iluminismo (que anunciara una nueva revelación o un tercer testamento) y más allá también de toda magia o manipulación (que pretendiera falsamente hacerle hablar a Dios) ⁶⁵.

La *CT* destaca la Palabra de Dios como fuente de la catequesis: «La catequesis tiende a desarrollar la inteligencia del misterio de Cristo a la luz de la Palabra, para que el hombre entero sea impregnado por ella» ⁶⁶ y también «en segunda instancia, esforzarse por conocer cada vez mejor el sentido profundo de esa Palabra» ⁶⁷.

«La catequesis extraerá siempre su contenido de la fuente viva de la Palabra de Dios, transmitida mediante la Tradición y la Escritura» ⁶⁸.

Esto supone subrayar que la catequesis «ha de estar impregnada por el pensamiento, el espíritu y actividades bíblicas y evangélicas a través de un contacto asiduo con los textos mismos», que se han de leer «con la inteligencia y el corazón de la Iglesia» ⁶⁹.

En la tradición catecumenal de los primeros siglos, la preparación al bautismo comprendía también una enseñanza, que solía darse en la cuaresma y que incluía una explicación de la Escritura y un comentario del Credo o de los símbolos «que en momentos cruciales recogieron en síntesis felices la fe de la Iglesia» ⁷⁰.

Por lo que se refiere a España, las orientaciones pastorales de la catequesis recogen la dimensión actual de la Palabra de Dios: «el hombre, desde su ser más profundo, es radicalmente capaz de dialogar con Dios, de ser alcanzado

⁶⁵ Ver López, J., *Escuchar la Palabra, objetivo catecumenal*, en *Teología y Catequesis* 3 (1983), 399 ss.

⁶⁶ *CT* 20.

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ *CT* 27.

⁶⁹ *Ibidem*.

⁷⁰ *CC* 28.

por Dios que le habla y de responder de manera real a su Palabra interpe-
lante»⁷¹. Y también: «la Palabra de Dios ilumina todo el acto catequético
y es el elemento que da conexión a todos los demás»⁷².

Además, la catequesis es una iniciación a la lectura de la Sagrada Escritu-
ra: «para una auténtica introducción en la Sagrada Escritura la Iglesia
entrega al catecúmeno una clave de lectura: el Símbolo, el Padre Nuestro
y una normativa de conducta que recoge lo esencial del estilo de vida del
Evangelio, como son el mandamiento del amor y las Bienaventuranzas»⁷³.

Sin embargo, en la práctica, todavía se ven demasiados grupos, que inclu-
so se dicen de talante catecumenal, donde la escucha actual de la Palabra
es despreciada desde un inconfesado racionalismo y donde la misma Bi-
blia no sólo no es valorada como el libro de familia y como el propio cuer-
po de Cristo, sino que es rechazada como un elemento extraño y es susti-
tuida (sin más) por el instrumento catequético de turno.

8. ENTREGA DEL EVANGELIO

Todo proceso catecumenal supone un proceso de evangelización en el que
poco a poco las grandes constantes de la predicación de Jesús y de los Após-
toles van apareciendo en las diversas circunstancias y situaciones humanas,
de modo que así se vaya realizando una viva entrega del evangelio y de todo
el evangelio a los hombres. En este sentido, las constantes de la evangeliza-
ción son (y deben serlo cada vez más) un punto de referencia fundamental:
«estas constantes de la predicación apostólica afectan decisivamente a la
catequesis»⁷⁴.

Obviamente, resulta inspirada e inspiradora la forma de enseñar de Jesús:
de forma nueva, dice y hace, le acompañan los signos, las señales es-
peradas; finalmente, marcha pacíficamente sobre Jerusalén, purifica el
templo, sella su enseñanza con el testimonio supremo. Sin duda, hay que
seguir descubriendo los evangelios como catequesis: «Los evangelios
que, antes de ser escritos, fueron la expresión de una enseñanza oral
transmitida a las comunidades cristianas, tienen más o menos una estruc-
tura catequética»⁷⁵.

⁷¹ CC 223.

⁷² CC 228.

⁷³ CC 230.

⁷⁴ CC 21.

⁷⁵ CT 11.

En diálogo con el hombre de hoy, la catequesis (sobre todo, la catequesis de adultos) se renueva como catequesis evangelizadora y liberadora, «asumiendo totalmente las angustias y esperanzas del hombre de hoy»⁷⁶, buscando la necesaria unidad entre fe y vida, proclamando «la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral»⁷⁷.

No se puede olvidar que el evangelio anunciado por Jesús irrumpe en medio de una tierra esclavizada, en tinieblas, necesitada de redención. Es buena noticia para los pobres, la muchedumbre sometida a los poderosos. Los pobres plantean cuestiones tan vivas y universales como la salud, el trabajo, la vivienda, la educación, la justicia, la libertad. Toda evangelización ha de manifestar que la enseñanza de Jesús no es abstracta y que, sin duda, donde haya opresión habrá Palabra de liberación. Como aquel día, en la sinagoga de Nazaret⁷⁸.

Por tanto, hay que seguir promoviendo la catequesis como proceso de evangelización, como entrega del evangelio (*traditio evangelii*). Y ello, con los medios propios del evangelio y con la pedagogía original del evangelio⁷⁹. Jesús supera la tentación del desierto, la tentación del poder, mediante la utilización de medios pobres. En desplazamiento continuo, al aire libre, por las casas, en las sinagogas, en el templo, Jesús no tiene otra fuerza que la Palabra que siembra y prende en la tierra, la Palabra que se cumple y convoca a la muchedumbre.

En la práctica, sigue valiendo el aviso de Pablo: «Mire cada cual cómo se construye»⁸⁰. De muchas maneras, se ha intentado curar esa herida abierta y permanente que, durante siglos, se ha llamado ignorancia religiosa y que hoy, más profundamente, entendemos como falta de evangelización y de catequesis⁸¹. En realidad, no hay método ni pedagogía ni instrumento catequético que pueda resolver el problema de fondo de una catequesis de consumo al servicio de una pastoral de consumo, de una catequesis sin Palabra actual y sin comunidad viva, de una catequesis sin evangelización y sin renovación profunda de la Iglesia.

⁷⁶ *Medellín VIII* 6, 12 y 17.

⁷⁷ *Puebla*, 1134; ver Sínodo 1971, 5; Sínodo 1985, relación final; ver *GS* 1.

⁷⁸ *Lc* 4,18-19.

⁷⁹ Ver *CT* 58.

⁸⁰ Ver López, J., *Cien años de catequesis*, citado, 23-30.

⁸¹ *1 Co* 3,10.

9. CATEQUESIS PERMANENTE

Durante el posconcilio se ha acentuado justamente el carácter propio de la catequesis, que se sitúa en el nivel de iniciación o de re-iniciación, según los casos. Ahora bien, como dijo Pablo VI, no podemos olvidar que es preciso «profundizar, consolidar, alimentar y hacer cada día más madura la fe», pues, de otro modo, la fe corre el riesgo de «morir por asfixia o por inanición»⁸².

Como ya hemos visto, el *Directorio General de Pastoral Catequética* recuerda a los pastores el deber de asegurar y promover la iluminación de la existencia cristiana mediante la Palabra de Dios «en todas las edades de la vida y en todas las circunstancias históricas, de tal manera que cualquier individuo o comunidad pueda ser alcanzado en el estado espiritual en que se encuentra»⁸³.

En la misma línea se manifiesta el Sínodo de la catequesis: «Crece la conciencia en la Iglesia de que los cristianos deben estar acompañados por la catequesis toda su vida y necesitan oír continuamente la palabra de Dios»⁸⁴.

La *CT* recoge también la necesidad de una catequesis permanente: «Para que sea eficaz, la catequesis ha de ser permanente y sería ciertamente vana si se detuviera precisamente en el umbral de la edad madura, pues, si bien ciertamente de otra forma, se revela no menos necesaria para los adultos»⁸⁵.

Además, «es importante que la catequesis de los niños y de los jóvenes, la catequesis permanente y la catequesis de adultos no sean compartimentos estancos e incommunicados. Más importante es que no haya ruptura entre ellas. Al contrario, es menester propiciar su perfecta complementariedad: los adultos tienen mucho que dar a los jóvenes y a los niños en materia de catequesis, pero también pueden recibir mucho de ellos para el crecimiento de la vida cristiana»⁸⁶.

En fin, en la Iglesia de Cristo nadie debería sentirse dispensado de recibir la catequesis: «pensamos incluso en... todos los que están destinados a la tarea de pastores y catequistas, los cuales desempeñarán mucho mejor ese mi-

⁸² EN 54.

⁸³ DCG 20.

⁸⁴ *Proposición* 21.

⁸⁵ CT 43.

⁸⁶ CT 45.

nisterio si saben formarse humildemente en la escuela de la Iglesia, la gran catequista y a la vez la gran catequizada»⁸⁷.

En España, según las orientaciones pastorales sobre catequesis, «se debe ofrecer a los creyentes la posibilidad de seguir un proceso catequético en cualquiera de las grandes etapas de la vida»⁸⁸.

Esto se concreta en los siguientes procesos de catequización: proceso catequético de adultos (de carácter temporal y orgánico, con dos modalidades básicas: fundamentación y consolidación), proceso catequético de niños y jóvenes (concebido como un único proceso permanente de educación en la fe), proceso catequético en la tercera edad⁸⁹. Estos procesos de catequización «deben ser ofrecidos por la Iglesia diocesana en un proyecto global coherente»⁹⁰.

En la práctica, en determinados casos no parece respetarse el legítimo pluralismo de ámbitos, instrumentos y métodos, lo cual no puede favorecer la comunión en la Iglesia diocesana. Esto supuesto, hay que decir también que el concepto de catequesis permanente, como tal, parece eludido en las orientaciones españolas. El carácter temporal del proceso, que comienza y termina, no asegura la alimentación continua. Y si esto sucede en la teoría, se puede suponer y constatar lo que sucederá en la práctica. También aquí resulta ejemplar la experiencia de los primeros cristianos: «acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones»⁹¹. Sin esa asiduidad ¿cómo habrían podido tener vida (y vida abundante)?; ¿cómo habrían podido permanecer fieles en medio de la persecución y de otras dificultades?

10. CONCLUSION

En general, a pesar de todos los esfuerzos y logros, no se ha superado el estado de abandono en que secularmente se encuentra la catequesis de adultos. El reconocimiento de su prioridad es más teórico que práctico. Hay que seguir promoviendo el concepto renovado de catequesis, que vuelve a las fuen-

⁸⁷ *Ibidem.*

⁸⁸ *CC* 236.

⁸⁹ *CC* 237-251.

⁹⁰ *CC* 252.

⁹¹ *Hch* 2,42.

tes del evangelio, que tiene inspiración catecumenal y que puede afrontar el problema de una nueva evangelización; lo cual vale de modo especial para la catequesis de adultos, forma principal de catequesis. Afortunadamente, se habla cada vez más de la comunidad como origen, lugar y meta de la catequesis, pero —a gran escala— se está muy lejos de vivirlo. Por tanto, hay que seguir promoviendo una vuelta a las fuentes de la experiencia comunitaria de los *Hechos de los Apóstoles*. Asimismo, hay que seguir insistiendo en la recuperación de la Palabra de Dios como fuente de la catequesis y de toda otra acción eclesial: de la Palabra de Dios dicha hoy (en el fondo de los acontecimientos personales, sociales y eclesiales) y de la Palabra de Dios dicha ya (recogida en la Escritura y en la tradición viva de la Iglesia). Es preciso seguir promoviendo la catequesis como proceso de evangelización, como entrega del evangelio y de todo el evangelio, buena noticia para los pobres, Palabra de liberación. Particularmente en España se ha de urgir la restauración del catecumenado mandada por el Concilio y el cumplimiento de lo previsto al respecto en el nuevo *Código de Derecho Canónico*. Asimismo, se ha de tomar conciencia de la necesidad de una catequesis permanente.